

MARGO GLANTZ

APARICIONES

f

2022

FIRMAMENTO

A Sergio Pitol.

*A Beatriz Aguad, Luz del Amo, Diamela
Eltit, en idéntico orden alfabético, y en
altos registros del afecto.*

LAS SIRENAS DEL MUNDO

Empiezo diciendo:

Cuando escribo, soy quizá alguien llamada Luarda Aldana de Villarroel —¿o soy Juana de Soto y Guzmán?—

(en el mundo),

después sor Luarda de la Encarnación —¿o sor Teresa Juana de Cristo?—

(en el claustro),

y entonces digo:

—Te pido, padre, en nombre de tu preocupación, si es que la tienes, que mires por mi salvación, no dejes que tu hija permanezca tanto tiempo expuesta a las sirenas del mundo. Si me hubieses prometido a un esposo mortal que habitara en tierras lejanas, no habrías vuelto a verme. Te indigna, sin embargo, que nos separen unas simples paredes por mi afán de unirme a un esposo celestial.

Y la que habla dentro de mi texto hace una pausa y retoma con más fuerza:

—¿Por qué me retienes en contra de mi voluntad? ¿Por qué envidias una pequeña celda y una humilde mesa en la familia de Cristo?

Detengo aquí mi relato, presta a retomarlo en un momento más propicio.

SE ACERCA

Lo ves acercarse, avanza con pasos largos y rápidos, viene hacia aquí, empuja la puerta.

Te llamo la atención, te prevengo, te pregunto.

¿Por qué tiemblas?

Callas.

Pero ya está junto a ti, se acerca y dice:

—Desnúdate.

Lo haces.

Ya estás desnuda.

—¡Échate en el suelo!, ordena.

Lo haces.

—¡No así, repite, a cuatro patas!

Te pones a cuatro patas. Te mira, se desviste y lentamente te monta.

Entra en ti.

Vuelve a decir, en voz suave, perentoria:

—¡Muévete!

Y te mueves.

Te golpea las caderas con las palmas abiertas. Te estremeces, dices: ¡sigue, sigue, más, más!

Él lo hace, se mueve dentro de ti y te golpea.

—¿Gozaste?

—Sí, respondes.

LA REVELACIÓN

Escribo de nuevo, gozo y la escribo.

Voy vestida sobriamente. Con modestia coloco las

yemas sobre el teclado, es suave, acogedor, íntimo. La escritura me calma, calma la angustia de la espera. Escribir es un encantamiento. Sobre todo cuando tengo la revelación, cuando sé cómo nombrarla:

—Ya la llaman sor Lugarda de la Encarnación. En el siglo llevaba el nombre de Lugarda Aldana Torres de Villarreal.

CIERRAS LOS OJOS

—¿Gozas?

—Sí, dices, gozo.

Y agregas:

—¿No ves cómo gozo?

Agrego con severidad:

—¿No ves que no es lo mismo? No es lo mismo echarte de bruces sobre el suelo, totalmente vestida, y ponerte a lamer los huesos que alguien ha tirado por el suelo, que desnudarte, echarte a cuatro patas, siguiendo sus órdenes, ponerte con la grupa al aire, como perra, y esperar a que te monte.

Me miras como interrogándome:

—Por esa razón, continúo, te golpea con las palmas abiertas sobre los flancos, para que obedezcas, te muevas, alces la cara, cierres los ojos, abras la boca y quedes exhausta, detenida en una mueca dolorosa.

—¿Gozaste?

No me contestas, te vuelves hacia él y le preguntas:

—¿Has gozado?

DARLE NOMBRE

No cejo, insisto, sigo escribiendo.

Me digo que debo decidirme, que tengo que ponerle nombre, sí, tengo que nombrar a la mujer. Aunque hace tiempo, antes de darle nombre, había escrito:

«Lo de su recogimiento y estrechísima clausura ha sido admirable, pues ese recato que mostraba mucho antes de ser monja fue una prueba clara de su extraordinario natural, esa constancia y esa fuerza que, luego, al desposarse con Cristo, con su dulce esposo muerto y sacramentado, le permitió que sólo para mirarlo le sirvieran los ojos».

LA HISTORIA DE LA MUJER

Estás sola.

Me acerco.

Pregunto:

—¿Por qué te gustó tanto el cuadro?

Contestas:

—¿El que vi en el museo con él?

—Sí, digo, parece que te encanta.

Haces una pausa. Piensas.

Por fin, contestas:

—Me gusta el cuadro, pero sobre todo me gusta la historia de la mujer, me gusta la historia de sus desapariciones. Esa capacidad suya, la de estar y no estar al mismo tiempo, el don de la ubicuidad, ocupar y

desocupar un espacio y estar siempre presente aunque escondida, como Cristo, o como la niña.

EL PIJAMA ROJO

En la recámara está la niña. Duerme, lleva un pijama rojo, un mameluco, de esos que se abren entre las piernas.

Seguro de que está dormida, él dice:

—Ven, ponte de pie.

Te lleva a un rincón de la pieza y te apoya contra una columna.

—¡Alza los brazos!, ordena.

Los alzas, tus axilas son rizadas, color castaño claro.

Te va desnudando poco a poco, sigues apoyada en la columna y, con los brazos en alto, lo dejas hacer. Y cuando entra en ti sientes un leve dolor, tienes las piernas un poco abiertas para apoyarte, luego las alzas, las enrollas en torno a su cintura para que él se mueva con comodidad dentro de ti, entonces bajas los brazos.

—¡Álzalos!, repite, en voz baja, tajante.

Estás a su merced cuando obedeces, tu equilibrio es precario cuando se mueve, te inhibe un poco, sigues su vaivén con precaución, si no lo hicieras crees que caerías, cierras los ojos sin embargo y alzas los brazos y gozas a medias con su ritmo.

Algo te altera, abres los ojos, miras hacia la cama y la ves sentada, con su pijama rojo, mirándote con los ojos asombrados; él también la ha visto. Sigue moviéndose

sin hacer caso, no parece tomarlo en cuenta, vuelve a ordenarte que cierres los ojos y alces los brazos.

Obedeces.

La mirada de la niña te perfora y te excita y él se excita aún más, llega el orgasmo y quedan exánimes el uno sobre el otro, tú, abatida, con los brazos caídos al lado de los muslos.

La mirada de la niña te electriza.

LOS MIRAS

Te asomas al balcón y miras hacia abajo, los miras, miras cómo se aman, cómo se aman los perros, miras, atenta, cómo el perro se acerca a la perra, cómo la olfatea, la lame, juega, se pone encima de ella, la cabalga, jadea, y cómo ella a su vez jadea. Los miras fascinada, el color de su pelo entremezclado, el de ella claro, el de él castaño rojizo, ambos sedosos, esponjados. Se han quedado detenidos, inmersos totalmente el uno en el otro.

Largo tiempo después el perro desmonta a la perra, se aproxima a la pared, orina, y su sexo es una larga tripa roja que gotea.

Cierras la ventana, entras a tu pieza, te colocas frente al espejo, te desnudas, te hincas, te masturbas, alzas la cara, miras tu reflejo en el espejo y ves luz en tu mirada.

—¿Gozaste?